

Manuel Álvarez Bravo

MUCHO SOL

Presentación
de Teresa del Conde



Colección Río de Luz

El sentido que tengo del tiempo es con la cámara. Por eso no puedo precisar fechas.

Cuando un artista pinta cosas que parecen adelantarse a su época no destruye las anteriores. Así sucedió con la fotografía, que no atentó jamás contra la vitalidad de la pintura. Todo lo que ha inventado el hombre es eterno.

Compraba desde muy joven libros de segunda mano. Toda las cosas que suceden son de segunda mano.

"El pájaro canta aunque la rama cruja", dijo Salvador Díaz Mirón. Todo se lo lleva el demonio, pero el pájaro canta.

La trascendencia que cualquier hecho pueda tener a través de la fotografía, se la da el fotógrafo.

Mi obra es de encargo. No es un encargo explícito, sino implícito de la sociedad en la que estoy viviendo.

Manuel Álvarez Bravo

sino que además maneja sus recursos con tino, haciendo música de las pasiones y acertando a decir, nítidamente cuanto pasa por su ser en esos momentos supremos de concentración y casi inexpresable arrebato.

La poesía de Belli lleva en sí la facultad de lo espontáneo y lo renovador en lo amoroso, que es la que mejor cultiva. En sus escritos se distingue el tono nuevo, el acento convincente, la interpretación verbal de un latido verdadero. En cada línea poética, léase como se lea, encontraremos siempre y antes que nada a una mujer, a la Mujer. Descubrimiento muy poco frecuente en nuestro acontecer contemporáneo plagado de encubrimientos, disimulos o reniegos feministas. Gioconda Belli se descubre y describe como mujer en toda la expresión del término y tan de su tiempo como el medio y la problemática en que se desenvuelve: "... Te admiro desde lo más profundo/de mi subconsciente,/con una admiración extraña y desbordada/que tiene un dobladillo de ternura./Tus problemas, tus cosas/me intrigan, me interesan/y te observo/mientras discutes y discutes/hablando del mundo/y dándole una nueva geografía de palabras./Mi mente está covada para recibirte,/para pensar tus ideas/y darte a pensar las mías;/te siento, mi compañero, hermoso,/juntos somos completos/y nos miramos con orgullo/conociendo nuestras diferencias,/sabiéndonos mujer y hombre/y apreciando la disimilitud/de nuestros cuerpos."

En la poesía-vida de esta poeta nicaragüense la individualidad femenina se da sin dogmas ni convencionalismos, buscando con ello su plenitud evolutiva y revelar la savia de su naturaleza. De esta forma, viviendo y alentando la atmósfera que la ha producido, su poesía se fundamenta en el hoy con todos los elementos intuitivos y de afirmación de la personalidad femenina en todas las esferas. Y sabemos, de alguna manera, que quien acierta a involucrarse plenamente consigo y con su hoy abre la posibilidad de inscribirse en el mañana. ♦

Gioconda Belli. *Poesía reunida*. México, Editorial Diana, Colección Diana Literaria, 1989, 241 pp.

HUMOS Y DISPERSOS

EL LIBRO COMO OBJETO Y ESCRITURA

Federico Patán

Hasta donde sabemos, *Humos y dispersos* —ganador del Premio Carlos Pellicer para obra publicada 1989— es el primer poemario de Ignacio Díaz de la Serna. Aparece en una bella edición de la Editorial Quinque, bella por el formato, bella por el papel, bella por la disposición del texto en la página, bella por las ilustraciones. Suele olvidársenos, habitantes que somos de un mundo presuroso y práctico, que el libro debe existir como objeto y como escritura. En cuanto a la escritura, *Humos y dispersos* propone tres grupos de poemas; o, si buscamos la precisión, dos grupos de poemas y una tercera parte formada por pensamientos, por humoradas, por parientes de las greguerías ramonianas.

Es el de Ignacio un libro delgado, escaso en poemas; es, asimismo, un libro de lectura ardua en sus primeras partes. Se diría que el poeta lanza su mirada sobre la materia prima —el mundo— y la traduce en símbolos culturales, de los cuales va destilando verso a verso cada pieza del rompecabezas. Esos símbolos pertenecen a un espacio cultural perfectamente limitado, perteneciente a un tiempo ya pretérito. El ámbito visitado es catedralicio. Sin embargo, aunque el idioma recrea tonos de antigüedad indudable, la visión que cae sobre las venerables piedras del edificio estudiado es moderna. Así, el diálogo que se entabla ocurre entre una propuesta de objeto por observar y el tipo de mirada aplicado. Si no leímos mal, la enorme masa de piedra tan discretamente esbozada en los textos es, sin más, símbolo de la naturaleza humana.

Así las cosas, el libro habla del hombre. Habla, subterráneamente, de la posición del hombre en el mundo. Más subterráneamente, de la necesidad de conocimiento. Hay como figuras centrales de estos poemas un arquero y un esclavo; hay, como figuras complementarias, gárgolas, cardenales y abades. *Humos y dispersos*, libro sobre el conocimiento, plantea preguntas;



libro sobre el conocimiento, no considera imprescindible contestarlas o incluso hallarles respuesta. "El enigma de perfil es la locura" asevera uno de los versos. Indudablemente, en el meollo de la cuestión, tal vez escriturable de la siguiente manera: lo importante es la búsqueda del conocimiento; hallarlo es un premio adicional, rara vez obtenido. O si lo queremos en voz del poeta, dos líneas lo expresan: "Lo que nos tienta, engaña./ No sabemos, entramos o salimos."

El poemario propone un mundo en el cual cada partícula tiene su función. La tienen, por tanto, esclavo y arquero. El primero es constructor por excelencia y de sus manos salen catedrales y pirámides; el segundo "desde la eternidad... fundamenta sus delirios". No parecen necesitar de la curia y antes parecen evitarla. Entablan relaciones entre sí, marginando al aparato eclesiástico.

Este gusto por los ámbitos antiguos surge asimismo en la segunda parte, donde una partida de ajedrez es hermana gemela de la catedral, en el sentido de que representa al mundo y sus complicaciones. El mismo sentido hallamos en el poema donde Nefertiti aparece o en aquel otro con aire de canción popular, llamado "Rondas tempranas". Es hora de informar que el libro de Ignacio está lleno de intertextualidad. Aquellos símbolos culturales mencionados párrafos arriba nos llevan de propósito a situaciones que provocan ecos. Sirven éstos, porque tal es su papel, para ahondar el significado de los poemas mediante enlaces con otros puntos de la literatura. Así, el simple título de "Cronicón a cañas de moros y cristianos" habla de la Edad Media, establece el encuentro de ajedrez desde el primer verso, plantea un enfrentamiento de orden personal entre el poema y el Juan de la dedicatoria, pero también las viejas batallas históricas entre moros y cristianos y, nos atrevemos a proponer, un asomo de filosofía en el manejo de las piezas de ajedrez y en el resultado del juego. Como base de sustentación de todo esto, un buen humor que se entreteje a los fundamentos de esta poesía, no sin su asomo de burla ante ciertos absurdos del mundo.

De lo anterior se deduce lo siguiente: no es la de Ignacio una poesía escrita para las emociones. Se la crea con un propósito muy distinto, expresado en la sobriedad de tono en la carga intelectual de cada poema, en lo intrincado de la trama lingüística y en el rechazo de lectores que busquen el verso fácil. Se escribe, pues, para la inteligencia. Se quiere nuestra par-

ticipación con la mente, no con el corazón. De aquí cierta sequedad ocasional de las líneas, cierto desvanecimiento del ritmo en algunas zonas.

Pero aclaremos, lo anterior es válido para el primer poema del libro, dividido como está en nueve secciones, y para el grupo segundo. No vale para el conjunto titulado "Dispersos del mar", donde el buen humor brota a la superficie y señorea sobre los textos. Aquí tenemos a la ligereza como tono. Por ello hablamos de humoradas. Se trata de afirmaciones expresadas en una línea o, cuando se llega al exceso, en tres y en algún caso hay de cinco y hasta de once, que tocan ya la desmesura. Aquí se revela un Ignacio gastrónomo, amigo del buen yantar y compañero del goce de vivir. Por ello nos dirá "prefiero la merluza por su sabor enciclopédico" o bien "In nomine Patris, Filii et Mariscus Sancti". Claro, la brevedad exige purificación y no siempre alcanzan los textos la altura necesaria. Sin embargo, la atmósfera general es lúdica y muchos de los pensamientos sabrosos.

Al lado de lo anterior topamos con puntos donde brevedad y hondura comulgan en provecho del lector. Cuando leemos "Todo océano posee sus puntuaciones" o "sombra de pájaros y graznidos nos habita", el temblor de lo secreto, el sacudimiento de un íntimo contacto con el misterio nos llena.

Ignacio es un poeta de escritura ardua en dos sentidos: las dificultades que plantea al lector y las dificultades que plantea al escritor. Sentimos en los poemas de Ignacio la lucha terca que emprende la necesidad de expresión para volverse existencia. Da la impresión de que Ignacio va a ser un creador parco en el manejo de sus elementos poéticos y parco en el volumen de su producción. *Humos y dispersos* nos ha dado un mero muestrario de habilidades, sin duda alguna de buena calidad. Nos deja a la orilla de la espera, llenos de curiosidad. ♦

Ignacio Díaz de la Serna. *Humos y dispersos*. México, Editorial Quinque, 1989, 44 pp.



GROSSO MODO

EN OFRENDA DE MÍ MISMO A MÍ MISMO

José Homero

Gerardo Deniz ha hecho de la marginalidad su decir esencial. Ser marginal es aquí establecer un margen con la realidad y también con la poesía: singularizarse. Para ello el poeta no duda en recurrir a los más variados temas y a los más diversos elementos. En su escritura hay una constante búsqueda, no de la imagen poética agradable, tan cara a una estética de la desmesura y de la metáfora como justificante del mensaje, sino de la imagen insólita por chocante: sabe Deniz que la parodia y la ironía son esenciales en este momento para de nuevo desnudar a la poesía. La imagen no puede ser hija de la comparación, sino del acercamiento de dos realidades más o menos alejadas. "Cuanto más alejadas y justas sean las relaciones de las dos realidades acercadas, más fuerte será la imagen, y más vigor emotivo y realidad poética poseerá", decía Pierre Reverdy. La escritura deniziana nos acerca a estas realidades merced al ejercicio de la ironía, por cuya acidez derrumba mitos y arranca cáscaras al enmohecido cuerpo de la lírica, la temeridad poética y una vasta erudición acompañada no del didactismo común en estos casos sino de una volición hermética que borra las relaciones referenciales entre significativo y significado. Con esto Deniz no mata la poesía ni tampoco un discursivo *sentido*, no, Deniz nos muestra que el emperador va desnudo, nos revela lo inconsútil de muchas prácticas poéticas aún vigentes.

Por principio esa temeridad que mencionaba lo lleva a incorporar al poema formas y modos verbales, artificios retóricos y temas que a otros poetas harían enardecer y agitar sus varas de dómines para farfullar —iracundos, moradísimos—: ¡eso no es poesía! Pues bien, Deniz no teme a ello y si las experiencias novelísticas más radicales del siglo, digamos las de un Joyce, un Broch, un Musil, y en nuestra lengua las de un Lezama o un Julián Ríos, no han dudado en incorporar elementos procedentes de otros géneros, de conformar